

x-rite

colorchecker CLASSIC



EL FENIX TRADICIONAL.

PERIÓDICO LITERARIO,

BAJO LA DIRECCION DE D. TORCUATO TÁRRAGO.

Año I. (GRATIS PARA LOS SUSCRITORES Á LAS OBRAS DE CABELLO EL MAYOR). **Núm. 1.º**

ADVERTENCIA.

Parciéndole al Sr. Tárrago mas oportuno el título con que aparece el periódico que el de Glorias Españolas, como se anunció, ha tenido por conveniente variarlo, supuesto que en nada afectará los deseos de nuestros suscritores.

jardin, un acontecimiento anunciado tiempo hacia por su corazon.

Estaba enamorada y esperaba á su amante.

Esta era la lógica del asunto.

Aunque la niña estaba casi cubierta entre un pabellon de jazmines y pasionarias, no por eso dejaba de presentarse hermosa y deslumbradora. Los plateados rayos de la luna resbalaban por su frente como bandas de luz, y de aquí nacia una dulce palidez en su rostro, una dudosa claridad en su mirada, y una mística reverberacion en las hechiceras formas de su cuerpo.

LAS DOS NOCHES.

POR DON TORCUATO TARRAGO.

I.

Donde á un amante se le ocurre casarse de buenas á primeras.

No hay acontecimiento mas romántico que ver una á jóven de diez y siete primaveras asomada á una reja en una noche de verano, ya clavando sus rasgados ojos en el cielo, ya buscando en el fondo la incierta figura de su amante. En verdad que esto es sublime.

100mm



CARLOS II.

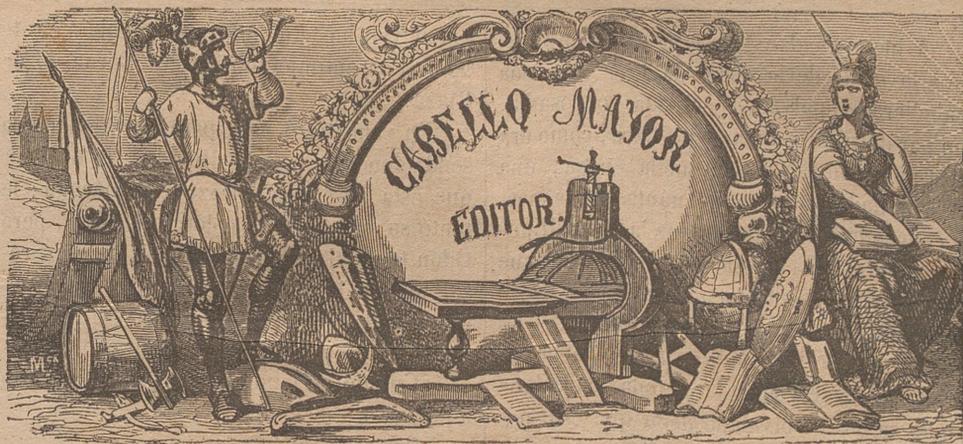
EL HECHIZADO

OHAY ESPERANZA



MUSEO ROMANTICO

8-VI
11



EL FENIX TRADICIONAL.

PERIÓDICO LITERARIO,

BAJO LA DIRECCION DE D. TORCUATO TÁRRAGO.

Año I. (GRATIS PARA LOS SUSCRITORES Á LAS OBRAS DE CABELLO EL MAYOR). **Núm. 1.º**

ADVERTENCIA.

Pareciéndole al Sr. Tárrago mas oportuno el título con que aparece el periódico que el de Glorias Españolas, como se anunció, ha tenido por conveniente variarlo, supuesto que en nada afectará los deseos de nuestros suscritores.

LAS DOS NOCHES.

POR DON TORCUATO TARRAGO.

I.

Donde á un amante se le ocurre casarse de buenas á primeras.

La noche del 18 de abril de 1754 la señorita Hipólita Severina de Alconchel esperaba en una ventana baja que daba á un

jardin, un acontecimiento anunciado tiempo hacia por su corazon.

Estaba enamorada y esperaba á su amante.

Esta era la lógica del asunto.

Aunque la niña estaba casi cubierta entre un pabellon de jazmines y pasionarias, no por eso dejaba de presentarse hermosa y deslumbradora. Los plateados rayos de la luna resbalaban por su frente como bandas de luz, y de aquí nacia una dulce palidez en su rostro, una dudosa claridad en su mirada, y una mística reverberacion en las hechiceras formas de su cuerpo.

No hay acontecimiento mas romántico que ver una á jóven de diez y siete primaveras asomada á una reja en una noche de verano, ya clavando sus rasgados ojos en el cielo, ya buscando en el fondo la incierta figura de su amante. En verdad que esto es sublime.

Y luego añadan Vds. á la tal niña un traje á la moda de la corte de Luis XV, una cabellera empolvada, peinada con osadía, un par de pícaros lunares postizos, como era costumbre llevarlos en aquella época, una risa de hada y qué se yo cuántas cosas mas, y convendrán conmigo en que la jóven Hipólita Severina era una de esas creaciones que nacen para tormento del género masculino ó sexo feo, como se dice en la actualidad.

La niña era alegre y risueña. Habia cobrado fama de coqueta en toda Barcelona (pues se nos ha olvidado decir que esto pasaba en Barcelona), en tales términos, que se le contaban sesenta y ocho novios en sus diez y siete abriles. Así es que salia por cuatro cada año, y uno por cada tres meses.

El negocio era una cuestion de honra para los galanes; la sirena los atraia y despues se burlaba de ellos; nadie contaba ningun favor señalado, ni la mas leve preferencia sobre los demas, y de aquí el que la bella Hipólita fuese mas famosa y mas estimada, á medida que sus leyes iban siendo mas severas para la multitud.

Presentóse en aquellos dias un jóven y rico caballero que debia estudiar en Barcelona. Era de la córte; venia recomendado á las familias mas principales de la ciudad, y tanto por su rango cuanto por su interesante figura, encontró multitud de amigos y damas que le hiciesen pasar la vida entre placeres.

Llamábase Odon de Cifuentes.

Vió á Hipólita por último y se enamoró de ella; estaba destinado á ser el número sesenta y nueve.

No faltaron amigos que le advirtiesen las gracias de la niña; pero Odon tenia sus pretensiones de D. Juan Tenorio, y no quiso ceder á los buenos consejos de sus compañeros, asegurando que él seria el vengador de sus sesenta y ocho antecesores.

Cifuentes tenia un amigo leal; uno de esos seres que se consagran á la amistad y

que llevan hasta lo mas épico y sublime este generoso sentimiento. Tal era Bernardo de Riaza.

En vano trató de separar á Odon de la senda donde se hallaba Hipólita: le hizo ver que esta poseia un corazon de mármol; le pintó su amor con un colorido funesto, pero Odon tenia algo de testarudo, y de aquí resultó el que la linda jóven le estuviese esperando en la reja de su jardin, tal como la hemos descrito al principio de este capitulo.

¿Cuánto tiempo hacia que se amaban aquellos dos jóvenes?

¿Cosa estraña! Cuatro meses.

Barcelona estaba escandalizada con semejante novedad.

Lo cierto es que Odon idolatraba en Hipólita: Hipólita estaba ciega por Odon. Lo que al principio fué un juego, degeneró en un cariño vehemente, y tanto el uno como el otro olvidaron sus respectivos papeles para amarse con un delirio encantador en un sueño supremo.

Ya hemos dicho que Hipólita esperaba. Cada rumor que llegaba á sus oidos, ya fuera el lejano gemido de las olas del mar, ya fuese el blando beso de la brisa nocturna, se le figuraba que era él.

Existe en esas horas melancólicas en que el alma aguarda, una dulce fascinacion que todo lo transforma.

Hipólita vió por fin asomar á su amante. Su corazon saltó de alegría.

Odon se acercó precipitadamente. Brillaba en su elegante castor una hermosa pluma; su rostro, lleno de gracia y viveza, resplandecia en medio de la semi-oscuridad de la noche.

—¿Cuánto has tardado, Odon! dijo la niña con triste acento.

—Unos amigos me han entretenido mas de lo regular, pero ya estoy aquí, hermosa Hipólita.

Esta lanzó un suspiro.

—¡ Ah ! ;son primero tus amigos que yo!

—No : tú eres lo que mas prefiero... ; Para qué te lo he decir si ya lo sabes !

—Pero repítemelo otra vez ; repítemelo cien veces para que me considere la mujer mas feliz del mundo. Odon, tú no sabes lo que yo te amo. Me has vuelto loca..... ; yo que tenia fama de burlarme de todos !... Pero todos no eran como tú. Ninguno habia mas hermoso ; ninguno consiguió herir mi corazon con palabras tan suaves como las tuyas.....

—¿ Puedo creerte ?

—¿ Lo dudas ?

—Sí.

—¡ Ah ! ; Te complaces en martirizarme ! Pero es decir que yo estoy contenta con que me hagas padecer. Repíteme que me amas.

—Te amo, Hipólita, exclamó Odon, aprovechándose de la fascinacion de la jóven para estampar algunos besos en las manos de esta, que retiró al punto con temor.

El jóven hizo un movimiento de disgusto é impaciencia, puesto que desaparecia aquel único y fugitivo goce que alcanzaba, cuando el abandono y el descuido pasaban rozando con sus blandas alas el rostro de ella.

¡ Hipólita era candorosa á pesar de haber tenido sesenta y ocho novios !.... Es decir, que habia jugado con ellos como una niña juega con sus muñecas. Habia llegado á cierta edad en que á falta de estas tuvo un diluvio de petimetres donde escoger y con quien divertirse, hasta que se presentó el único amante que le iba haciendo variar de sentimientos.

Hasta allí Hipólita siempre estaba alegre, y aunque sin padres, se burlaba en las mismas barbas de su tutor, hombre, que segun es fama, trataba de conquistar el corazon de su pupila, para no soltar la administracion de sus pingües rentas.

De aquí resultaba una especie de conclusion que Hipólita salvaba cuando creia

oportuno, pues su carácter firme, independiente y resuelto, no se apuraba por nada. El tutor quedaba derrotado en todas sus tentativas, y la jóven gozaba cuanto era permitido á las niñas de su edad, ya en medio de los paseos de Barcelona, ya en los teatros, donde siempre brillaba como Venus en el famoso juicio de Paris.

Tal habia sido su pasado ; tal era su presente. Libre como una mariposa que rompe su capullo, volaba por ese espacio brillante y dorado de la vida que se llama juventud, riéndose de sus locuras antiguas, soñando dichas con su amor actual.

Odon á pesar de esa primera táctica que despliega un conquistador, nada habia podido conseguir de la hermosa Hipólita. Huia de sus manos como un vapor, como un suspiro, como una pluma. Aquello era demasiado para un hombre de las pretensiones de nuestro héroe.

Despues de haber apurado todos los resortes de su oratoria ; de haber ofrecido con la grandeza de un nabab casarse con ella á despecho de su tutor ; de haber hecho mil juramentos en falso, Odon sacó en claro que nada adelantaria si no tocaba esos grandes extremos que usan los calaveras y que deciden de las mujeres mas firmes.

No bien Hipólita habia retirado su mano con el sentimiento puro de la virtud, cuando Odon despechado pretendia maniobrar en la grande estrategia.

Quedóse triste ó fingió estarlo ; procuró permanecer mudo é inmóvil, hasta que despues de un largo período de expectativa en que la jóven miraba con sus abrigados ojos el rostro de su caballero, exclamó :

—Hipólita, me estás engañando.

—¡ Que yo te engaño ! contestó la niña sorprendida.

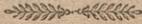
—Sí : dices que me amas, y es mentira...

—¡ Por qué ! ; Dios mio ! ; qué te he hecho yo !

—Te has negado á que bese tu mano.

Hipólita se sonrió dulcemente al oír estas palabras.

(*Se continuará.*)



EL PUENTE DEL DIABLO.

LEYENDA.

Introduccion.

Profunda historia de los dias pasados,
 espirante fanal, crónica oscura,
 gigante de fragmentos descarnados
 era una torre de siniestra hechura.
 Sepultada entre riscos y collados,
 pintábase su lúgubre figura
 allá en la lina de espacioso rio,
 que besaba su pié de mármol frio.

Mustia, abatida y solitaria estaba,
 pálida yerba su vejez vestia,
 y el cierzo por sus grietas resonaba
 cual funeral suspiro de agonía.
 En la arruinada almena levantaba
 el ave de la noche su armonía,
 y como nuncio de funesto encanto
 fatídico y dudoso era su canto.

Y al resbalar sobre su faz musgosa
 el rayo misterioso de la luna,
 aun parecia la torre poderosa,
 signo tal vez de su marcial fortuna:
 y entre la bruma errante y vagorosa
 salir asemejaban una á una
 visiones, duendes, larvas y hechiceras,
 que entonaban baladas plañideras.

¡Emblema del poder! ¡Libro deshecho!
 ¡Cuna del arte! ¡Inspiracion de gloria!
 Creyérase buscaba un ancho lecho
 que fuera tumba de su muerta historia.
 Creyárase tambien que á su despecho
 ni aun preciaba su gótica memoria,
 pues ludibrio del vulgo era su frente
 que ayer se levantaba omnipotente.

Y vacilante en su postrer destino
 poco á poco su vida iba acabando,
 siendo abrigo del pobre peregrino
 que las sendas del mundo fué cruzando.
 Y al verla en el final de su camino
 como lámpara triste agonizando,
 no faltó quien dijera en un instante
 que allí habitaba un sábio nigromante.

Esta voz que al principio no fué cosa
 se estendió con pavor supersticioso,
 y no tardó en hacerse temerosa
 la morada del ser maravilloso.

Dijeron que su magia era asombrosa
 y su saber tan grande y portentoso,
 que el pasado, el presente y el futuro,
 no tenian para él nada de oscuro.

Las sordas tempestades á su acento
 lanzaban rayos, y la mar bravía
 agitando sus ondas daba al viento
 el pujante fragor con que rujía:
 de sombras se llenaba el firmamento,
 la tierra estremeciéndose mugía,
 y en el sino del hombre penetrando
 la suerte ó la desgracia iba acertando.

Este mago, hechicero ó lo que fuera,
 segun el cronicon donde está escrita
 esta historia tan rara y verdadera,
 engendro fué de una vision maldita:
 viniendo al mundo en la cristiana era,
 que tras de sí los tiempos precipita
 del año mil trescientos veinte y uno,
 en el décimo mes, dia de San Bruno.

Don Illan se llamaba ó le llamaron,
 y tan famoso don Illan se alzara,
 que viejas y gazmoñas se asustaron
 temiendo que de pronto las matara:
 las niñas sin cesar se santiguaron
 cuando de Illan el nombre se invocara,
 y la adusta progenie de aquel siglo
 tembló de don Illan cual de un vestigio.

(*Se continuará.*)

MADRID: 1855.

IMPRENTA DE D. ANDRES PEÑA, LEGANITOS, 24.



PERIÓDICO LITERARIO,

BAJO LA DIRECCION DE D. TORGUATO TÁRRAGO.

Año I. (GRATIS PARA LOS SUSCRITORES Á LAS OBRAS DE CABELLO EL MAYOR.) Núm. 2.

LAS DOS NOCHES.

(Continuacion).

—Eso está prohibido, dijo.

—¡Prohibido!

—Sí; cástate conmigo y entonces tendrás derecho para ello.

Esta contestacion dicha con la mayor inocencia, dió márgen á que Odon quedase pensativo por un momento.

—¡Casarme contigo!... En verdad que tienes razon, querida. Y bien: ¿serías tú capaz de ser mi esposa en esta misma noche?

—¡En esta noche!... ¡Dios mio! ¿á qué esa precipitacion?

—Porque te amo, Hipólita; porque cada momento que trascurre es un siglo; es un mundo que se pone por medio.

—¡Y mi tutor! murmuró ella fascinada.

—¡Y qué! exclamó Cifuentes afectando un sentimiento extraño; tu tutor tendrá paciencia. A lo hecho habrá de conformarse. Esta noche, si quieres, nos casamos: un minuto despues escribo á mi padre participándole nuestra boda, y tendrá que tragarla quiera ó no quiera. ¡Oh! cada vez que pienso en esta feliz idea, la encuentro mas peregrina. Así ni tendremos que esperar á que yo concluya mi carrera, ni tú tendrás que sentir la persecucion de tu tutor... ¿Quieres, Hipólita?

Esta habia quedado pensativa. ¿Y qué jóven por despreocupada que sea no se queda trémula y sin habla cuando vé levantarse de repente en frente de sí la imájen del matrimonio?

—¡Oh! eso es muy grave, dijo despues de un gran rato.

—Contéstame categóricamente. ¿Quieres, Hipólita?

—Eso no es posible.

—¡Ah! ¡rehusas!... ya lo sabía yo, contestó Odon haciendo un ademán trágico y adoptando una entonación fúnebre... Tú no me amas... no me amas.

—¡Que no te amo! contestó la niña aturdida.

—No: otra hubiera aceptado al momento. ¿Por qué me has dicho que me case contigo?

—Lo he dicho, sí; pero quiero que nos casemos con el decoro propio de nuestra clase.

—Eso es una excusa.

—Te juro que no....

—¡Ah! ¡quieres burlarte de mí!... Yo no puedo consentirlo... Me voy... olvidemos lo pasado... Adios.

—Odon... Odon... exclamó Hipólita juntando las manos.

—No puedo detenerme... Adios.

El estudiante sintió que lo detenían. Era la joven.

—Estoy decidida á todo, exclamó vertiendo algunas lágrimas; haré lo que tú quieras.

—Júramelo, exclamó el galán.

Hipólita formuló un juramento.

—Son las diez de la noche; murmuró Odon; á las doce espérame en esta misma reja. Me acompañará un sacerdote y algunos testigos... Despues... Despues...

La joven inclinó la cabeza.

—¿No me dices nada? prosiguió.

—¿Qué quieres que te diga?

—Que despues cuente con la llave de esta puerta falsa para volar á tus brazos.

Hipólita hizo una señal de asentimiento. Era lo bastante. Odon se alejó, mientras la hermosa joven quedaba á la reja suspirando.

II.

El garito.

A pocos pasos de la casa de Hipólita, al

doblar la esquina de la antigua calle de Trentaclus, para atravesar la *Rambla* y dirigirse hácia la puerta del Mar, habia un bulto enclavado en una pared. Este bulto segun los perfiles de su talante, representaba la imájen de un hombre con capa, espada de ancha cazoleta, chambergo con plumas y cintas; el pié-derecho echado para adelante; la mano izquierda puesta en la cadera, y la cabeza levantada atrevidamente, como uno de esos seres que les importa un ardite andar á cuchilladas.

Cuando Odon volvió la esquina tropezó, como era natural, con el misterioso personaje que rondaba ó esperaba á alguien en aquel sitio. Lejos de retroceder ó apartarse de su línea, se dirigió á él con una rapidez extraordinaria.

El otro dió media vuelta para dar frente á Odon, y aun pareció llevar la mano al pomo de la espada, pero en seguida la dejó caer con flojedad, y dijo:

—¡Diablo! no te esperaba tan pronto, mi querido Odon. ¿Cómo has abandonado la melodiosa conversacion de Hipólita?

—¡Bernardo! contestó Cifuentes presentando su mano al desconocido; ¡oh! voy á ser muy feliz.

El otro se rió maliciosamente, y dijo:

—¡Una ilusion mas!

—No, no es ilusion; ya he encontrado un medio seguro, infalible, portentoso, admirable, de conquistar de un todo la necia terquedad de Hipólita.

—¿De veras?

—De veras.

—¡Oh!... ¡oh! esplicame todo eso, querido; ya te consta que tengo un interés grande en tu triunfo. Al fin será una mas que entrará en el gremio del martirologio femenino.

Es un recurso desesperado, exclamó Odon, pero de resultados inmediatos.

—¡Zape!

—¿Estará abierta la fonda del *Cisne*?

—Sí: ¿pero á qué esas preguntas? instó el llamado Bernardo.

—Entonces, vamos allá. Allí encontraremos á Molina, á Gamez, á Mendoza, á Giron y á Mejía, limpiándose bonitamente los bolsillos. Necesito de ellos.

—¿Pues qué vas á hacer?

—¡Diablo! ¿aun no te lo he dicho? Voy á casarme.

—¡A casarte! exclamó Bernardo soltando la carcajada. ¡Triste recurso!

—Es el único.

Bernardo de Riaza, compañero inseparable de Odon de Cifuentes, era un joven de alguna mas edad que su amigo, y por consiguiente de mas experiencia. Habian confraternizado en el juego, en las fondas, en los teatros, en los bailes y en las tertulias, y émulos en la senda de locuras que habian emprendido, gastaban brillantemente el dinero que sus padres les mandaban, sin acordarse de la universidad ni de los libros.

Bernardo, mas reflexivo que su amigo, quedó dudando de la estraña resolucion de este:

—Te creeria si no te conociera, murmuró embozándose en su capa.

—Pues no lo dudes; me caso.

—¿Pero cuándo?

—Esta noche.

—¡Ja!... ¡ja!... ¡ja!

—No hay mas remedio. Es el único camino de que Hipólita sea mia.

—¿Pero estás en tu juicio?

—Lo estoy. Hé aquí mi plan de campaña, añadió Cifuentes. En primer lugar necesitamos un cura, y Molina hará este papel, disfrazándose con los hábitos de su tio el canónigo. Mejía se vestirá de notario eclesiástico, con el traje de su huésped. Mendoza se adornará con el ropaje de sacristan, para cuyo efecto irá á sacarle una sobrepelliz á la hija del de la Virgen del Mar, y Giron, Gamez y tú sereis los testigos. Me parece que el

pensamiento es sublime. Nos casamos; ella me entrega una llave de la puerta de su jardin, y... buenas noches.

—Eso es diabólico, contestó Bernardo de Riaza pensativo: esa es una broma terrible: una aventura de la que no saldremos bien.

—¡Bah! ¿temes acaso tú, que la echas de D. Juan Tenorio?

—No; pero te repito que eso es muy grave.

—¿Qué diablos! adelante.

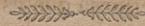
—Pues adelante: vamos á la fonda del Cisne.

Hélos ahí: los dos libertinos se dirigen hácia la puerta del Mar, sin pensar en otra cosa que en confeccionar el modo mas verosímil para llevar á su consumacion aquella boda fingida. Es una broma que hará mucho ruido en los círculos de la sociedad, de la que tendrán las mujeres motivos para burlarse, y en donde los hombres encontrarán una venganza.

¡Oh! ¡era cosa muy linda mofarse de una coqueta de aquella manera estrepitosa!

Odon de Cifuentes y Bernardo de Riaza llegaron por último á la fonda del Cisne.

(Se continuará):



A UN TIEMPO MORA Y CRISTIANA.

LEYENDA HISTÓRICA ORIGINAL

DE DON JUSTO FRANCES Y FLORÉN.

CAPITULO PRIMERO.

AMOR Y ESPERANZA.

Con prestas alas que el ligero viento,
al fuego volador; al rayo agudo,
á la voz clara, al vivo pensamiento
deja atrás, vá rasgando el aire mudo.
FRAY DIEGO DE OJEDA.

La noche tendiendo su manto en la tierra
esparce en los campos tristura y pavor,
allá en lontananza la nevada sierra
refleja en los montes tibio resplandor.

Crepúsculos vagos alumbran el mundo,

preludios sin duda de la oscuridad,
y reina en los campos silencio profundo,
y vése á lo lejos la hermosa ciudad.

Granada la bella, la perla querida
del pueblo agareno, preciosa mansion,
ostenta su frente serena y erguida,
cual sombra liviana, cual grata vision.

La luna de pronto sus rayos sembrando
derrama do quiera su argentina luz,
se vé un centinela que está vigilando
envuelto en su blanco y hermoso capuz.

Alerta se escucha cruzar el espacio
del moro atrevido, del moro gentil,
contéstale alerta otra voz en palacio
que guarda la vida del rey Boabdil.

Un bulto se advierte que sale ligero,
parece un brioso y altivo corcel;
elige entre varios estrecho sendero
corriendo á galope cual fiero lebel.

Conduce un ginete que ciñe turbante,
potente y garrido cual hijo de Alá;
camina ligero porque es un amante,
mas..... ¿dó se dirige? ¿dónde marchará?

De amor y esperanza enchido el guerrero,
á Baza camina, que es ciudad de Hacén;
¿qué estraño es que ansioso camine ligero
si vá á ver su hermosa que es todo su bien?

Daraja la bella, tipo de hermosura,
espera impaciente á Mohamet-Osmin,
porque es un guerrero de apuesta figura,
porque es el amante de aquel Serafin.

Lanzando suspiros del pecho oprimido,
cansada la mora de tanto esperar,
recibe anhelante á su Osmin querido,
quien con dulce acento la empieza así á hablar:

—Niña para amar nacida,
abrázame sin tardanza,
mira mi pasion sentida,
que vengo lleno de vida,
lleno de amor y esperanza.

Mira mi ardiente pasion,
comprende ya mi querer,
tuyo es pues mi corazon,
tuyo, sí, hermosa mujer.

Porque eres tú mi tesoro,
hurí de fragantes flores,
ya sabes cuanto te adoro,
y que eres mi ensueño de oro
y alivio de mis dolores.

¡Ah! ven á mis brazos, ven,
rica perla musulmuna,
y colocaré, mi bien,
alrededor de tu sien
la corona de sultana.

—¡Cuánto en tu ausencia he llorado
y cuánto fué mi tormento!
Buen Osmin, mi dueño amado,
mientras estoy á tu lado
que te adoro solo siento.

Despues de tanto esperar,
te miro al fin amor mio,
si grande fué mi penar,
es mas mi gozo al pensar
que te amo con desvario.

—¡ Hermosa luz de mis ojos!
ten en mi amor confianza,
y mírame sin enojos,
soy..... esclavo á tus antojos.
lleno de amor y esperanza.

En esto aparece un moro altanero
que ciñe turbante precioso en su sien:
es noble su porte, valiente guerrero,
padre es de Daraja el célebre Hacén.

Con gran sentimiento le dice al amante
que vuelva á Granada al lado del rey,
pues sabe de cierto que en marcha triunfante
camina hácia Baza la cristiana grey.

Mirando á la mora de ilusiones lleno,
Osmin se despide de aquella beldad;
de amor y esperanza enchido su seno
monta en su caballo, vuela á la ciudad.

(Se continuará).

DON NICOLAS CABELLO, EDITOR,
calle del Olmo, núm. 15, cuarto principal.

MADRID: 1855.

IMPRESA DE D. ANDRES PEÑA, LEGANITOS, 24.